
DOCUMENTO

Mensaje de la Asamblea Ecu­ménica de Basilea a todos los cristianos de Europa

1. Por vez primera se han reunido delegados de todas las Iglesias de Europa, venidos del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, por encima de fronteras confesionales y políticas que hasta hace poco parecían insuperables. Cualesquiera que hayan sido las pasadas heridas de Europa, los vínculos que nos unen en Cristo han demostrado ser más fuertes. Está naciendo una comunión que nos llena de esperanza y de agradecimiento.
2. «La justicia y la paz se besan». Estas palabras del salmista han sido la idea directriz de nuestra Asamblea. ¡Pero, qué lejos estamos de esa promesa! Millones de hombres, mujeres y niños, son víctimas de la pobreza, del hambre y de la guerra. Se violan constatemente los derechos fundamentales del hombre. Especies animales y vegetales, desaparecen definitivamente. Tanto nuestra vida, como la de las generaciones futuras, están amenazadas.
3. ¿Qué nos dice hoy el Evangelio, a nosotros, cristianos europeos? La condición previa a todo testimonio que pretenda ser creíble, es la conversión: conversión al Creador que, en su amor, se preocupa de cada una de sus criaturas; conversión a Jesucristo, hijo de Dios, que nos ha dado ejemplo de la auténtica humanidad; conversión al Espíritu Santo, fuente de la nueva vida. En cuanto cristianos europeos, tenemos muchas responsabilidades en las causas de la crisis actual. Por ello, pedimos a Dios que perdone

Documento

nuestras faltas y nos dé la fuerza necesaria para convertirnos y hacernos instrumentos de su paz.

4. El designio de Dios sobre la Humanidad es, a la postre, un misterio que nadie es capaz de imaginar. Pero, apoyados en el Evangelio, estamos seguros de que Dios conducirá su Creación a la redención. Fortalecidos por esta certidumbre, nos oponemos a todo fatalismo. Al igual que el apóstol Pablo tenemos hoy la tarea de transmitir la invitación: ¡Reconciliaos con Dios! Pero reconciliarse con Dios significa, al mismo tiempo, hacer frente a los poderes de la destrucción y de la muerte:
 - Todo ser humano, independientemente de su sexo, raza, nación y lengua, lleva en sí mismo la imagen de Dios y es, por consiguiente, un miembro de la sociedad con plenitud de derechos. Testimoniemos claramente que es el mismo Cristo quien sufre en aquellos cuya dignidad está pisoteada; sigamos su ejemplo cuando se coloca al lado de los oprimidos, de los privados de sus derechos, de las víctimas de la tortura. Queremos afirmar los derechos de los refugiados y nos comprometemos a edificar una comunidad en la que hombres y mujeres tengan las mismas responsabilidades.
 - La pobreza y el hambre constituyen un escándalo que no nos deben permitir descansar. Nos comprometemos a compartir, tanto a nivel mundial como en nuestros respectivos ambientes, y apoyaremos cualquier medida tendente a aligerar el fardo de la deuda que sofoca a tantos países del Tercer Mundo.
 - Hay que superar la guerra como medio para resolver conflictos. Cada uno en su país respectivo, trataremos de hacer todo lo que podamos para que se llegue a una seguridad común. Nos comprometemos, en este momento, a crear por encima de las fronteras un clima de confianza en el que pueda desarrollarse la voluntad de lograr el desarme tanto nuclear, como químico y convencional. El testimonio de la no violencia forma una parte inseparable del cambio hacia la reconciliación.
 - Luchemos contra el espejismo de una explotación sin límites de la naturaleza. Las relaciones pacíficas con la naturaleza, exigen la renuncia a estructuras que tanto en

**Mensaje de la Asamblea Ecu­mérica de Basilea a todos los
cristianos de Europa**

la economía como en la sociedad, amenazan la vida. Una vez más, nos hemos dado perfecta cuenta de que el actual consumo de recursos y de energía debe ser radicalmente reducido. Ello exige de todos nosotros un tipo de vida radicalmente transformado, una vida más sencilla.

- Tenemos necesidad los unos de los otros para cumplir la tarea que nos ha sido confiada. La alianza de Dios en Jesucristo es un hecho real. Fortalecidos por esa promesa, queremos la comunidad fraterna y la solidaridad. Las actuales transformaciones políticas y sociales en Europa son para nosotros motivo de esperanza. Juntos queremos contribuir a que la justicia, la voluntad de diálogo y el respeto de los dones de la creación, se impongan cada vez con mayor fuerza. Del mismo modo que la crisis supera las fronteras, así nuestra comunión debe sobrepasarlas igualmente. Debe esta abierta a la amistad y la colaboración con todos aquellos que buscan la paz y la justicia, cualesquiera que sean su religión o convicciones. Solamente así podrá constituirse en signo de esperanza para un mundo amenazado y dividido.

El Espíritu de Dios que nos ha reunido aquí, actuará mucho más allá de nuestras expectativas. Creemos que hará crecer el grano que ha sembrado. Esa es nuestra esperanza. Esa es nuestra oración.

Basilea, 21 de mayo de 1989